
EL ATENEÓ

REVISTA QUINCENAL

LA CUESTIÓN SOCIAL

Con el rescripto dado en 1890 por el emperador Guillermo II de Alemania, se puso sobre la mesa de todos los gobiernos la llamada enfáticamente cuestión social, y que es, como saben cuantos á las ciencias antropológicas se dedican, la suma de todas las cuestiones que en sociología pueden agitarse.

Más oportunidad, pues, para examinar los principales aspectos de tan complejas cuestiones no puede darse, aunque dados los límites y naturaleza de esta revista se haga con brevedad, sencillez é imparcialidad el análisis de tan difícil como trascendental asunto.

Los imperios orientales y egipcio en el Africa con sus castas y clases atribuyéndose unas origen divino y monopolizando la ciencia, el poder, la riqueza y la religión, y quedando para las otras la ignorancia, la servidumbre, la pobreza y el fanatismo, sucumbieron purgando su delito de lesa humanidad.

Los imperios griego y romano en Europa, nacidos con igual vicio esencialmente representado en la esclavitud, distinguiendo

áquel imperio entre ciudadanos libres y parias, y el romano entre *quirites* ó caballeros romanos y gentiles, y prescindiendo de los esclavos que llamaban cosas, aunque tuviesen el talento de Terencio y la vis cómica de Plauto, también fueron deshechos al suave soplo de igualdad, base del Cristianismo, cuyo divino Fundador murió en cruz por todos los pecadores.

Pero el Cristianismo, como institución divina, no había de ser revolucionario y sí solo restaurador del verdadero concepto de la naturaleza humana que hace iguales á los hombres por su origen y solo distintos por su fin y sus acciones, según sean buenas ó malas. Esta semilla regada con la sangre de millares de mártires y fundada por la gracia, había de producir ópimo fruto. Y he aquí que parece nos encontremos en los principios de una de las más fecundas eras.

En efecto, la Edad media con su terrible distinción entre vencedores y vencidos, aquéllos, señores, y siervos éstos, poniendo fin á la inhumana y esencial distinción entre hombre y hombre por su origen, la mantuvo siquiera accidental, pero muy trascendental, distinguiéndolos por su suerte y estableciendo la hegemonía del más fuerte, que amparaba su autoridad en el origen divino de todo poder. Había conseguido la Iglesia católica restablecer la igualdad de todo hombre ante Dios, pero no era misión suya directamente el definir la igualdad política que solo es consecuencia de la anterior; pero sentó como bases que si el poder sólo de Dios nace y en El tiene su fundamento, lo deben emplear los gobernantes en bien de la comunidad para cuyo servicio se ha exigido el poder temporal, solo legitimándose la ley en cuanto sea «ordenamiento de la razón al bien común encaminada,» como lo dejó para siempre escrito el Ángel de las escuelas.

Pues bien; quedó una desigualdad en pie que había de destruir la Edad moderna para que el hombre fuese igualmente considerado ante la ley como lo era ante Dios por la Religión verdadera, y á ello se encaminaron todas las teorías, todas las escuelas, todos los partidos, aun los más opuestos, pues como agrupaciones de hombres, por más que sean libres, moviéndose en semejantes circunstancias de tiempo y lugar habían de gravitar y dirigirse á un punto esencial que es fijado providencialmente á la humanidad.

Lograron por fin los idealistas definir más ó menos exactamente tan santos principios en leyes también más ó menos perfectas. Pero ¡oh desencanto! Cuando se creía que con esto se redimía el mundo, se han encontrado los políticos, esto es, los que gobiernan las naciones, que la igualdad se les escapa de las manos, y todos preguntan como el inocente niño: «¿En subir á la colina tocaré el cielo ó tendré que correr á otra? ¿Cuál es la última, cuál es la última desde la que pueda llegar á las nubes?» ¿Cuál es la última, cuál es la última incógnita que es preciso resolver para que todos los hombres, iguales ante Dios por la Religión, ante la autoridad por la ley, lo sean también ante la sociedad por el justo disfrute de las riquezas? ¿Cuándo cesará la explotación del trabajo por el capital, del pobre por el rico, del ignorante por el sabio? ¿Cuándo tendrán todos ante la sociedad la consideración que sus obras merezcan?

O mucho nos equivocamos, ó esta es la síntesis de la cuestión social.

II

No es preciso por ahora historiar cómo la humanidad en todos los tiempos ha luchado porque el hombre sea tratado según sean sus obras, igualdad que enjendra la justicia que es el oxígeno del alma. Basta consignar que siempre ha hecho valer sus derechos divinos protestando contra los tiranos de todos los tiempos, clases y lugares, y que si se confundían en una sola las cuestiones religiosas, políticas y sociales, se han ido separando conforme se han resuelto, la igualdad esencial del hombre por su principio y su fin, con la Teología cristiana, y la política por la igualdad de medios jurídicos con el derecho nuevo, quedando solo por resolver cómo han de ser iguales los hombres por los medios materiales con la verdadera economía, y que la resolución de la primera ha sido preciso para resolver la segunda, y las dos para poder plantear, siquiera en sus verdaderos términos, la tercera.

Basta consignar esta consideración para notar que la cuestión social parece formar el tercer término de la trilogía antes apuntada, como derivado de las dos primeras y de su propia intrínseca naturaleza. Y con esta sencilla deducción parece que está ya como delineado ó bosquejado tan difícil y abstruso asunto.

Si se prescinde de los principios esenciales que informan la única Religión verdadera, racional y evidentemente demostrada, ó de la igualdad política conquistada por el imperio de la ley, no es posible plantear en su verdadero terreno la cuestión social. Si los principios cristianos se cercenan ó mistifican con reservas ó protestas, ó la igualdad política está solo en la ley convirtiéndola, como gráficamente se ha dicho, en tela de araña, es inútil tratar la cuestión social: jamás podrá resolverse su incógnita. Y por último, si se olvida que para resolver la cuestión teológica fué preciso nada menos que Dios se hiciera hombre consustancialmente en Cristo, y que la cuestión política, todavía no resuelta en sus últimas consecuencias, lo es convirtiéndose el divino hijo de los dioses, señor de sus vasallos y dueño de vidas y haciendas, en el mero representante de la nación, primer oficial del Estado, ó primer servidor del pueblo, si esto se olvida, es imposible dar un paso en la cuestión social.

Por el contrario, si se advierte que el hombre es uno por su origen y solo puede tener distinto fin por el juicio que sus acciones voluntarias y libres merezcan; si se tiene en cuenta que es un ser limitado y perfectible, no siendo el derecho ni los intereses más que condiciones ó medios de llegar á su fin, y que, por ende, nada de acá es absoluto; y si no se olvida que solo las cosas pueden ser objeto del derecho y este solo existe como condición ó medio para llenar algún deber cuyo cumplimiento es lo que perfecciona al hombre llevándolo á Dios y asemejándolo más y más á El, que no tiene ninguno que llenar, entonces la cuestión social es una lógica consecuencia de dos premisas, de las que es la mayor la cuestión teológica y la menor la jurídica ó política.

Si se observa que para resolver la cuestión teológica fué preciso que la omnisciencia divina descubriese la incógnita y libremente aceptase el cruento sacrificio de la cruz, para que el género humano se redimiese mediante un proceso sobrenatural

de milagros y misterios que no puede el hombre enumerar ni comprender; si no son letra muerta las páginas de la historia, casi todas tintas con sangre, como altar de mentida divinidad y que sirven para demostrar como verdad suprema que, ó el hombre gobernante y gobernado se dirigen por el mismo camino y medios á Dios, su fin único, ó aquel marcha á su desbordamiento por la tiranía, como se muere por plétora, ó éste á su ruina por el envilecimiento; restableciéndose siempre el equilibrio y la igualdad, por la revolución en el primer caso y por la conquista en el segundo; y si se tiene en cuenta que el gobierno ó administración de las cosas es primordialmente igual al de las personas por no tener en sí su fin y de igual naturaleza que el de los derechos, pues éstos, como las cosas, son medios, fácil será deducir que la cuestión social, solo regulando el disfrute de los bienes materiales en razón á su fin jurídico y el eterno del hombre á quien sirven, puede resolverse.

Y por último; si Dios predicó su doctrina con milagros y con el ejemplo y la sostiene con su poder; si la igualdad política conseguida lo ha sido tras de muchos cataclismos y aun no por completo y está sujeta á mil oscilaciones que, si no hubiera otras, bastarían como prueba de la Providencia en la historia, ¿extrañarán á nadie las fatídicas señales con que la cuestión social se ha presentado, las convulsiones y alarmas que produce, la intervención de todas las potencias que exige para estudiarla, y menos que, cuando no se piense ni espere, de los hechos que más parezcan á su solución opuestos salga providencialmente su resolución y se desarrolle paulatinamente?

De ningún modo. Lo sobrenatural y extraordinario es lo natural cuando de estas cuestiones se trata.

S. A.

(Se continuará.)

LA CAZA DEL PERDIGON

Vámonos; fuera me aguarda
El manso burro á la puerta,
Y ya tengo todo alerta
Para ponerlo en la albarda;
Y va colocando el guarda
La manta, el chuzo, el zurrón,
Un asiento de almohadón,
Unas troles, un banquillo,
Hacha, escopeta, corbillo,
Y en mi espalda el perdigón.

Nada falta; ya me alejo;
Quedan tres horas de tarde,
Y el sol, que á lo léjos arde,
Me da su dulce reflejo;
Cabalgo en ancho aparejo,
Émulo de Sancho Panza;
Pero lleno de esperanza,
Retorciéndome el bigote,
Más parezco Don Quijote
En busca de bienandanza.

Al breve y cómodo paso
De la rápida andadura
Se desliza la llanura,
Cruzo el monte y salgo al raso.
Marchando voy al acaso,
Y por fin cobro el ronزال;
Que, cerca de un chaparral,
Y en medio de un claro enhiesto,

No puedo hallar mejor puesto
Que aquel alto matorral.

En una naciente encina
Hacha y corbillo trabajan,
Aquí cortan y allí taján
Ramas que la mano hacina,
Ramas verdes que combina
En breve instante, y procura,
Aumentando la espesura
De los cercados matojos,
Ancho centro en que los ojos
Ven desde la sombra oscura.

De torviscas un anillo
Pongo abierto en la aspillera,
Que hace á la vez de tronera
Y de cauto ventanillo;
Frente por frente un tomillo
Entre ariscas jaras crece;
Ha nacido allí, parece,
Para servir de postero,
Pues que al reclamo parlero
Cómodo asiento le ofrece.

Clavo el chuzo, cuelgo el macho,
Pongo al burro la *manea*,
Le envío hácia donde crea
Que ha de hallar mejor despacho;
Vuelvo al perdigón, me agacho,
Le afirmo y le desenfundo.....
Hay un silencio profundo,
Me escondo, y á mi sabor
Echo el cigarro mejor
Que se ha fumado en el mundo.

Sobre la manta extendido,
Con las troles abrigado,
No habrá ningún potentado
Que esté mejor guarecido:

Es regalo de mi oído
El cantar del perdigón,
Y me late el corazón
De esperanzados encantos
Si escucho lejanos cantos,
Eco débil de aquel són.

La cabeza al cielo alzada
Y la blanca gola henchida,
Canta con toda su vida
Una endecha enamorada;
Oye abajo en la cañada
A la perdiz contestando,
Él la sigue requebrando
Con amante cuchicheo,
Y ella, esclava del deseo,
Se va á la jaula acercando.

Precipitado su amante
Llega y le detiene el paso;
La llama, celoso acaso,
Poniéndosele delante,
Y en altanero talante
Canta con potente brío
No sé qué, que es desafío
Lanzado al otro galán,
Quien redoblando su afán
Llama con más poderío.

Y aquí la contienda empieza:
Brava lucha; aquí hay que ver
Cuál macho es de más poder,
Cuál tiene más gentileza,
Quién obliga á la belleza
Con más incitante ardor.....
Pero siempre es de rigor
Que pueda más que el marido
El afán desconocido
Del oculto seductor.

Y así, con malvado acierto
Y experiencia maliciosa,
Canta su voz melodiosa
Variadísimo concierto;
En la lid es tan experto,
Que el eco de su canción
Sube ó baja el diapasón
Según se aleja ó se acerca
La perdiz, y si está cerca,
Casi se extingue su són.

Allí está ya, se la mira
Desde la oculta tronera
Mover la planta ligera
Que en menudos saltos gira;
Viene y vase, se retira,
Se detiene, vuelve, avanza,
Y derecha se abalanza,
Llegando al pié del postero,
Cuando un disparo certero
En su carrera la alcanza.

Muere, y al mirarla inerte
El enjaulado cantor,
Extrema más el rigor
De su cántico, de suerte
Que hace venir á la muerte
Al rival de sus amores,
Y..... ¡oh dolor de los dolores!
¡Qué mucho que haya traición
En humano corazón,
Si en las aves hay traidores!

Quando lento descendiendo
Lanza el sol tendidos rayos
Y en sus últimos desmayos
Va la cumbre trasponiendo,
Alzo el puesto, y recogiendo
Las víctimas esparcidas,

Cuélgolas todas reunidas,
Llevándomelas conmigo.....
¡Qué buena noche consigo
Al precio de aquellas vidas!

Vuelvo al hogar de la aldea:
El lentisco y la retama
Alzan poderosa flama,
Que muge y chisporrotea;
En torno á la chimenea
Luz, alegría y calor;
Gente en corro, un hablador,
Cena sana, vino añejo,
Gazpacho con *salmorejo*,
Y cuentos de cazador.

ANGEL VELA-HIDALGO. •

EL JUEGO

VARIOS son los vicios que corroen la existencia de la actual sociedad, pero uno de los que entrañan más perniciosa influencia, lo mismo para la familia que para el individuo, es el juego. El hombre dominado por esta pasión solo piensa en la mesa con el tapete verde, y no ve sino el naípe que tiene delante y al que quizás apuesta la fortuna de su familia: fija toda su atención en una baraja, en la cual encuentra todos sus placeres, pone sus afecciones y cifra su porvenir. Embotada su sensibilidad para sentimiento noble y elevado no encuentra excitantes más que en el azar y la suerte, y se irrita y enfurece si pierde, ó goza con pueril alegría si gana.

Cuando ha consumido su capital en el juego, pide prestado si es que conserva un resto de pudor; luego apela á la estafa, más tarde al robo y tal vez llega á ser suicida ú homicida. Si, por el contrario, le favorece la suerte y ve sus bolsillos llenos

de oro, no va á celebrar tan venturoso acontecimiento en el seno de la familia, rodeado de aquellos séres que pueden proporcionarle las más puras satisfacciones, sino que corre con sus amigos á celebrar el triunfo entre los placeres de la crápula y de la orgía.

Impasible, aparentemente, pero siempre lleno de ilusiones, el jugador soporta los azares de la suerte á la que parece desafiar. Incapaz de satisfacerse con los placeres ordinarios porque le parecen insípidos, necesita una agitación febril y continua, que solo la produce el dinero amontonado en la mesa. Las fuertes y repetidas emociones que experimenta, imprimen tal carácter en su parte física y moral, que no es fácil confundirle con el de ninguna otra pasión. «Vedle, dice Ducuret, inmóvil junto á una mesa de juego en la cual no parece sino que van á incrustarse sus miembros; su tez es pálida, su mirar fijo é impaciente; en sus facciones reina una triste severidad; su lengua, habitualmente muda, no deja oír más que algunos sonidos mal articulados, y eso aun por intervalos. De improviso gira sus ojos con rara velocidad, su fisonomía toma un no sé qué de terrible; píntanse en ella á su vez el despecho, el furor y una alegría maligna mezclada con inquietud: mas cual si se avergonzase de dejar entrever los sentimientos que le acosan, pronto recobra su aparente impassibilidad. Hace ya más de doce horas que ha alternativamente ganado y perdido lo que bastara para hacer felices á veinte familias; ¿creeis que ya está saturado de emociones? No, esas contingencias, ya favorables ya adversas, la calentura que han desarrollado en su sangre y en su cerebro, la hora avanzada de la noche, y sobre todo, la hora maldita fijada para levantar la sesión, todo eso no sirve más que para exasperar la pasión que le devora y que tiene como embargadas todas las demás necesidades. En aquel momento más que nunca, su corazón, su espíritu, sus sentidos, todo su ser está en el juego: bien pudiera amenazar ruina la casa, bien pudiera caer un rayo á sus piés, nada le distraería: el ruido del oro es el único que puede conmoverle. Y á pesar de eso, no atesora jamás: si se enciende á la vista del oro, es porque lo mira como un medio de contentar su pasión: en cuanto lo posee, lo expone á los mismos azares que se lo han proporcionado; porque esos dones del azar no pueden aprovecharle ni satisfacerle; para él no son más que el em—

blema de los males que va á buscar y desafiar. Jugar es su objeto, su elemento, su vida: fuera de jugar no ve nada más. ¿Qué le importa su ruina, su deshonra, ni sus mas sagrados deberes, con tal que juegue?»

Esta es la fiel descripción del hombre que ante una mesa de juego no ve en su semejante más que una presa, de la cual debe apoderarse á toda costa para que no le devore á él, en la cual se negocia á proporción del daño que causa y en la cual los reveses engendran casi siempre odio, sin que la fortuna engendre cariño.

P. C. D.

HERMOSAS SIMPLEZAS

Si tan solo se cumplieran en la naturaleza las terribles leyes que con fórmulas aljébricas expresan los electricistas, ó esas otras, que por medio de ingeniosos y potentes aparatos descubren y sus efectos predicen los astrónomos, ó aquellas que nos describen los geólogos; si tan solo descargas eléctricas, choques de astros, erupciones volcánicas, sacudidas terrestres y demás fenómenos, ó más exactamente, hechos escasos hubiera, sin la cernida lluvia de otoño, ni el robustecedor sol de primavera, ni tantas y tantas otras leyes que se cumplen y cuyos efectos nos parecen vulgares, por la costumbre que de verlos tenemos, es seguro que la vida orgánica sería imposible; secaría el fruto, la flor caería mustia, la semilla sería estéril, la azucena no daría aroma, ni el ruiseñor cantaría la vida del campo.

De igual modo; si en la sociedad imperasen con el mando que dá la costumbre, esas aberraciones de la libertad humana que acongojan el alma y explotan los dramaturgos, ó tuviéramos por sustento diario del espíritu la observación de luchas entre pasiones que imponiendo circunstancias dan por resultado esos grandes sacrificios que oprimen nuestro corazón haciendo destilar lágrimas de sangre por el héroe de la tragedia sacrificado; si la época del amor no fuese época, sino que fustigara durante

toda la vida á nuestro espíritu con las febriles impaciencias del enamorado ó el martirio del celoso; si con estas sacudidas violentas del alma solo alternase la muerte cortando hilos de existencias que adorásemos, robando entre estas y otras no menos feroces impresiones que como cumplimiento de las leyes del espíritu éste recibe, lugar y tiempo á impresiones y afectos resultantes también de sus leyes y que por lo continuadas llamamos del mismo modo que á la lluvia de otoño y al sol de primavera vulgares; nuestra vida anímica sería imposible; oprimida el alma, no podría obrar; sus facultades se agostarían, los sentidos transmitirían sus notas á un receptor cataléptico ó acobardado y la oración no sería el canto del alma.

Y exceptuando algún poeta, apenas si los demás mortales nos fijamos en el airecillo que á las plantas robustece meciéndolas y fecundiza con el polen que las lleva; ni en el rocío que dá fuerza á las rosas para resistir los rayos del sol de estío; ni en la amistad de los hombres que los liga y relaciona formando la sociedad que elabora el progreso, resultado inmediato de tan fecunda afectación; ni en los besos de una madre que dan vigor á las almas de sus hijos expuestas á las llamas de pasiones estivales; ni en ninguna de estas preciosas y precisas ocurrencias que dan vida á la materia unas y que sostienen otras, isócronos, los latidos del corazón.

Inútiles serían estas observaciones, si el cuadro, que bien puede titularse con el rótulo de estas líneas, no se presentase á nuestra vista con la pesadez de la vulgaridad que le dá la frecuencia; ó si no fuera necesario llamar la atención para que cada cual descubra en él las bellezas que la pluma, mal manejada, se niegue ó dibujar.

Si librándonos de su mirada espiamos las acciones y palabras de la madre, que en uno de esos ratos en que al calor de unas brasas ó en el templado ambiente que da un puñado de rayos solares, dedica á la contemplación de su retoño, con esa franca expansibilidad de sentimientos que da la soledad, es casi seguro que, dominados por el vértigo de lo grande, por la fijeza de nuestra mente en lo fenomenal y raro, al ver que la madre cubre de besos el cuerpo de su hijo, al oír llamarle ¡rey! aunque lo haya tomado de miserable cuna de pino, ¡angel! aunque sea ne-

gro como un diablillo, ¡cacho de oro! y su carne gelatinosa de apariencias de otra cosa,—diremos: ¡SIMPLEZAS DE MADRAZA!

Pero si destruido, por las consideraciones arriba consignadas, el pedestal de grandeza en que nos encaramamos y desde donde todo nos parece pequeño, descendemos al plano en que nuestra vida animada por los elementos que la sostienen, puede luchar con el tiempo, observamos el cuadro tal como es, sin comparaciones, sin recuerdos de la belleza plástica, engolfando las potencias de nuestra alma en la realidad de cariño, vida y entusiasmo que representa la escena del cuadro, es también casi seguro que al ver besar y oír reír, al ver estrujar y oír decir: ¡gloria! ¡vida! ¡amor!, aunque el hijo sea raquítico niño, la madre no se parezca á Vénus y los dos se envuelvan en radidos trapos, exclamaremos: ¡HERMOSAS SIMPLEZAS!

La madre: esa flor que se deshoja con el martirio de la fructividad, ese ser que al mezclar los lamentos de sus dolores con el chasquido de los primeros besos entona el mejor himno á la vida, ese inagotable manantial de erotismo; y el niño: el átomo de la biología social, el hombre futuro que manifiesta el dolor cuando lo siente y no sabe ocultar hipócritamente las satisfacciones, la espontaneidad en acción, el protagonista de los cielos de Miguel Angel, el inspirador de la inocencia y la pureza... unidos por un nudo que la naturaleza echó y el espíritu aprieta. En el pozo del cariño la perla de la inocencia; el hijo entendiendo gestos, la madre adivinando deseos; riendo el hijo las caricias de la madre, llorando ésta las demacraciones del hijo; dándose mutuamente la vida, la madre al hijo con su sangre, el hijo á la madre con su salud. Para todo hay dibujo, todo tiene su colorido; la naturaleza manifestando la belleza en su armonía complementaria, el espíritu en la grandeza de sus sentimientos y la materia y el espíritu en completa concordancia al servirse mutuamente; resumiendo las dos bellezas en una y formando el VULGAR cuadro, la alegoría animada del cariño y de la vida, de la exaltación de las grandes afecciones.

Su contemplación satura el alma de plácida alegría y las fibras del corazón no saltan, cual sucede al fuerte rasguño de espeluznantes rarezas.

CRÓNICA

Bajo la triste impresión de los daños producidos por la avenida del río Alfambra aumentando los considerables que ya mermaron los cereales, sería imposible trazar el cuadro de la quincena, si no fuese por la compensación que en todo lo humano existe y que hoy produce la noticia de que el Sr. Castel ha incluido en el plan de obras dos trozos de carretera en el partido de Mora por valor de dos millones de reales y destinado á la provincia dos ingenieros más de caminos, jóvenes activos que darán incremento á los trabajos, único modo de que con la justa reparación debida por los Gobiernos é iniciada hoy por el señor Castel, y que seguramente llegará á otros partidos, sin olvidar á la Capital, se atenuen la miseria en el próximo invierno.

Y apropósito; ¿no sería posible rectificar el cauce de los ríos Alfambra y Guadalaviar y desde entrambas-aguas ó Turia al menos en el término de la Capital, para evitar gran parte de los daños producidos por las rias y grandes gastos de sostener paredes y riberas, obteniendo con el valor del terreno recuperado lo necesario para las obras? Basta con exponer la idea, porque su estudio no puede hacerse desde el gabinete y su planteamiento á los interesados corresponde y corporaciones existen que pueden hacer lo uno y lo otro.

Con suma complacencia consignamos el ascenso por antigüedad concedido á D. Damián Colomé, bibliotecario del Instituto provincial, socio entusiasta y dos veces laureado por este Ateneo, habiendo sido confirmado en su cargo con la categoría de aspirante de primer grado del cuerpo de archiveros y bibliotecarios.

No es menos grato consignar el agradecimiento del Ateneo á la cariñosa visita que le ha hecho el R. P. D. Manuel Sánchez, Rector de las Escuelas-Pías de Valencia, é hijo de Alobras en esta provincia. Si en la Ciudad de las flores se le aplaude su elocuencia y su saber, puede estar seguro que sus paisanos le quieren cordialmente.

—También ha visitado el Ateneo el Sr. D. Federico Gascón, hermano de D. Domingo y á quien no cede en actividad, que es cuanto se puede decir.

Sea bien venido y que haga, le deseamos, muchas operaciones para la sociedad que representa.

Si los elogios de propios ofenden, es ingrato olvidar los que á los propios justamente se dirijen, y cuando el objeto de ellos es un modesto funcionario y fiel servidor de sus paisanos, es aun mayor la satisfacción el verle aplaudido. Se comprenderá con esto el sentimiento de no poder transcribir el largo y encomiástico artículo que *El Cartero* en su número 14 ha publicado biografiando al *cartero que mas años de servicio tiene en España, y por lo tanto el veterano número uno*. Se refiere, como todos habrán adivinado, á nuestro paisano D. Pascual Pérez, cartero en esta principal hace más de 47 años y hoy cartero mayor, y de él, entre otras muchas cosas donde por ser todas laudatorias es imposible elegir, dice:

«Estamos seguros de que en su larga carrera, después de los miles de documentos, cartas y toda clase de misivas que habrán pasado por su mano, ni una sola ha sufrido extravío, ni una sola ha dejado de llegar á su destino con admirable fidelidad. Esto es mucho decir en estos tiempos, raya en lo increíble, y nosotros ponemos por testigos de tal afirmación á cuantos conozcan al señor Pérez, á todos sus Jejes y aún á todos sus compañeros.

El Sr. Pérez conoce en la ciudad de Teruel y sus arrabales, cuantos rincones sirven de albergue á las personas por oscuras que sean; distingue la letra de casi todos los que escriben á Teruel y aún á los pueblos, con alguna frecuencia, y en mil ocasiones solo su perspicacia ha podido descifrar verdaderos logogrifos y adivinar los destinatorios de cartas con sobres imposibles.»

Debemos á la correcta é inspirada pluma del Sr. Vela-Hidalgo y Burriel, descendiente de esta provincia y hoy su Delegado de Hacienda, la poesía que con fruición seguramente saborearán, recordando ratos felices, los aficionados á las fiestas cinegéticas.

Y para terminar, ya que el espacio para más no presta, no hemos de decir á nuestros lectores que ya han empezado las mejoras prometidas aumentando un pliego y procurando evitar las erratas del primer número, así como la omisión por error de ajuste del saludo á la prensa aragonesa, además de la provincial, y á toda en general; erratas y errores subsanados sin duda por los píos lectores y desde luego por la prensa en general, puesto que muchos colegas nos saludan y han visitado, lo cual agradecemos en extremo estando á la recíproca. No se culpe á nadie: premura del tiempo, más corto que los deseos de sacar pronto á luz esta modesta Revista.

Don Antonio Senmartí nos encarga participemos por este medio á sus numerosos parroquianos, que ha trasladado su antiguo comercio, de la casa número 7 de la calle de San Juan, á la Plaza del Mercado, número 17, junto á la imprenta de esta Revista.